



El nuevo PRI reconquista México

19/Mar/2013

El nuevo Gobierno del viejo partido cambió la atmósfera política del País y acabó con el desánimo de la sociedad.

Por: El País

MÉXICO, D.F.- En las últimas semanas es frecuente escuchar a mexicanos de izquierdas iniciar una conversación con frases como “nunca pensé que diría...” o “¿quién me iba a decir a mí que...?” para subrayar su sorpresa por las iniciativas tomadas por el presidente Enrique Peña Nieto en sus primeros cien días de Gobierno.

Esas palabras tienen también bastante de acto de contrición por haberle subvalorado durante la campaña electoral como un líder sin sustancia creado por Televisa, la mayor cadena del País, o un político de diseño fabricado por la familia revolucionaria del Estado de México, un feudo histórico del PRI donde hizo toda su carrera política hasta llegar a gobernador.

El hecho es que en tan solo tres meses el nuevo Gobierno del viejo partido cambió la atmósfera política del País y acabó con el desánimo de la sociedad durante los últimos años del presidente Felipe Calderón y generó la expectativa dentro y fuera de sus fronteras de que esta vez sí, México puede aprovechar la oportunidad para modernizarse y dar un salto adelante económico.

El sexenio comenzó, al día siguiente de la toma de posesión de Peña Nieto, con la presentación del Pacto por México, una agenda de reformas consensuada con las principales fuerzas políticas de la oposición, el PAN, y el PRD.

Vino después la promulgación de la reforma educativa, que recupera para el Estado la dirección de la enseñanza hasta ahora en manos del poderoso sindicato de maestros, y la espectacular detención por corrupción de la líder del gremio, Elba Esther Gordillo, antigua aliada del PRI.

Continuó con una reforma constitucional en materia de telecomunicaciones que pretende acabar con los monopolios en telefonía, Internet y televisión de los tres empresarios más influyentes del País: Carlos Slim, Emilio Azcárraga y Ricardo Salinas Pliego.

“No hay intereses intocables” ha dicho Peña Nieto, que insiste en cada discurso en recuperar la “rectoría del Estado” y eliminar los obstáculos al desarrollo que representan los poderes fácticos, sean sindicales, heredados del viejo Estado corporativo mexicano, o empresarios jugadores de ventaja. El anuncio de que habrá nuevas reglas del juego en el sector de las telecomunicaciones tuvo efectos inmediatos: las acciones de América Móvil, la compañía de Slim, cayeron más de un 7% y la agencia de calificación Standard & Poor’s modificó su perspectiva de la deuda soberana de México de “estable” a “positiva”.

La hora de la verdad

La hora de la verdad llegará con las reformas energética y fiscal, íntimamente ligadas y previstas para la segunda mitad del año. La apertura del monopolio de petróleo Pemex a la iniciativa privada y la aplicación del IVA por primera vez a medicinas y alimentos, donde el PRI se encontrará previsiblemente con la oposición de la izquierda, medirán la voluntad de transformación del nuevo Gobierno y la solidez del Pacto por México. No será fácil conciliar las expectativas internacionales de inversión en México, las resistencias de los poderes fácticos internos y la impopularidad de unas medidas que atañen a la identidad nacional del País.

Ya en décadas pasadas hubo sexenios que generaron unas esperanzas de cambio que al final se frustraron. Podría volver a ocurrir, pero el Pacto por México marca una diferencia. Es verdad, como han señalado los economistas, que su agenda no es técnicamente tan concreta como la de los Pactos de la Moncloa de la Transición española, pero políticamente tiene gran importancia. Compromete a los tres grandes partidos en un calendario de reformas para los próximos seis años, cuyo incumplimiento tendrá la sanción del público, y eleva extraordinariamente el coste político para el partido que lo rompa.

De momento, ha limitado el poder de los lobbies y el cabildeo del Congreso, disipado el temor del que se hablaba en la campaña sobre que una victoria del PRI supondría una “restauración autoritaria” y desplazado del escenario a la facción calderonista del PAN y a los radicales del PRD.

El oficio político demostrado por el nuevo equipo del PRI aún suscita dudas y recelos. Los resabios del viejo partido que dominó la vida política y social de México durante 70 años, el de la élite autoritaria y corrupta experta en la “negociación del incumplimiento selectivo de la ley”, ni se han olvidado ni han desaparecido –nunca ha habido alternancia en numerosos Estados-. Y el proyecto de poder que encarna Peña Nieto tiene todavía que demostrar que estará orientado no solo hacia el crecimiento económico, sino también al desarrollo institucional del país y de la sociedad civil y no a su control.

Una presidencia fuerte no es lo mismo que un Estado fuerte. Acabar con la impunidad, la corrupción –empezando por sus propias filas- y la violencia son desafíos mayores, que buena parte de la opinión pública considera la base imprescindible para no construir sobre arena. Un nuevo PRI ha regresado al poder después de 12 años en un nuevo México y en tan solo un trimestre ha reconquistado la iniciativa. Tiene la historia, la estrategia y la oportunidad para evitar otra decepción a los mexicanos.